

ANTONIO MACHADO Y LAS GALERÍAS DEL ALMA

«Galerías del alma... ¡el alma nifal
Su clara luz risueña;
y la pequeña historia,
y la alegría de la vida nueva...
¡Ah, volver a nacer, y andar camino,
ya recobrada la perdida senda!...» (1)

Desde hace muchos años uno de mis escritores predilectos ha sido el gran poeta español Antonio Machado. Como muchos lectores, he descubierto en sus poesías una fina sensibilidad humana que me ha tocado en las profundidades del alma. Entre las muchas poesías que me gustaban, sin embargo, había una que siempre me parecía problemática, porque no veía su relación con el resto de la obra de Machado. Me refiero al poema «Glosa» (LVIII), y no a los primeros versos que describen la admiración del poeta por Jorge Manrique, sino a los últimos versos que parecen contener una referencia a la idea de la reencarnación:

*Tras el pavor de morir
está el placer de llegar.
¡Gran placer!
Mas ¿y el horror de volver?
¡Gran pesar!* (p. 110).

Porque si el «placer de llegar» se refiere a la idea de entrar en la otra vida, el «horror de volver» debe ser una referencia a la idea de volver a nacer en esta vida de sufrimiento y dolor. Pues bien, aunque Machado no era lo que se puede llamar un católico ortodoxo, siempre lo había considerado un escritor más o menos representativo de la tradición cristiana, y la reencarnación es una idea que se asocia al pensamiento oriental. Además, como casi toda persona en el mundo occidental, nunca había tomado muy en serio la posibilidad de la reencarnación. Así, no pensé más sobre el asunto hasta que un día leí el libro de Concha Espina que contiene las cartas de Machado a Guiomar.

(1) Antonio Machado: «Obras: poesía y prosa», 2.ª ed.; Buenos Aires, Losada, 1973, p. 129. Al citar de las «Obras» de Machado siempre cito por esta edición, y doy el número de página, y el número del poema si es posible, al final de cada cita.

En una de las cartas, cuando Machado intenta encontrar la causa del profundo cariño que siente por ella, leí el pasaje siguiente: «¿O será que, acaso, tú y yo nos hayamos querido en otra vida? Entonces, cuando nos vimos no hicimos sino recordarnos. A mí me consuela pensar esto, que es lo platónico» (2). Y otra vez me pregunté si, en efecto, era posible que Machado creyera en la reencarnación. Estas palabras —«me consuela pensar esto»— parecen indicar que sí. Si esto fuera cierto, tendría unas poderosas consecuencias para la comprensión de su obra filosófica y cambiaría radicalmente la manera en que se han de interpretar muchas de sus poesías.

Resolví entonces estudiar el problema sistemáticamente. Pero no iba a ser fácil encontrar una solución, porque muchas de las ideas de Machado sobre el tema estaban expresadas en lenguaje poético, es decir en metáforas o símbolos, que pueden interpretarse de varias maneras. Además, en un país tan conservador en asuntos religiosos como lo es España, pocas personas se atreverían a expresar abiertamente una creencia tan heterodoxa. Es evidente también que muchos documentos personales, donde el poeta podía haber hablado más directamente sobre sus ideas filosóficas y religiosas, se perdieron durante la confusión de la Guerra Civil. Seguí adelante, no obstante, y creo haber hecho unas observaciones que, si no son definitivas, por lo menos tienen suficiente validez para echar nueva luz sobre varios puntos importantes de la obra de Machado.

I. LA REENCARNACION EN EL MUNDO OCCIDENTAL

Uno de los primeros descubrimientos que se hace al estudiar la idea de la reencarnación —también se llama transmigración o metempsicosis— es que no aparece solamente en el Oriente. También ha tenido muchos partidarios importantes en el mundo occidental. La metempsicosis constituye una parte importante de la filosofía griega. («A mí me consuela pensar esto, que es lo platónico», había escrito Machado) (3). Tal doctrina aparece en la Cábala, escritura esotérica de la religión judía. También hay referencias a la reencarnación en la Biblia, y ciertos historiadores creen que hay suficientes pruebas para indicar que formaba parte de la religión cristiana en sus orígenes (4).

(2) Concha Espina: «Antonio Machado, a su grande y secreto amor», Madrid, Lifesa, 1950, p. 117.

(3) Hay frecuentes referencias a la idea de la reencarnación en la obra de Platón; pueden verse especialmente las obras siguientes: «La república», 614-621; «Fedro», 245-252; y «Fedón», 73-77.

(4) Para un estudio completo de estos puntos, el lector puede consultar los libros «Reincarnation in World Thought», editado por Joseph Head y S. L. Cranston, New York.

Uno de los primeros padres de la Iglesia Católica, Orígenes (185-254 A. D.), predicó la transmigración de las almas, y sus ideas recibieron mucha atención, hasta que fue anatemizado en 553 A. D. Después de esta fecha, la reencarnación nunca ha sido parte del cristianismo oficial, pero ha persistido en ciertas sectas, como los Rosicrucianos y la Teosofía, y también ha vuelto a aparecer en las ideas de muchos pensadores individuales (5). En las últimas décadas ha habido un creciente interés en la reencarnación, y muchos libros nuevos han sido publicados sobre el tema. Varias obras, por ejemplo, el libro del profesor Ian Stevenson, tratan de probar científicamente que la reencarnación es una realidad (6).

¿Y cuál es el valor de esta creencia para el hombre moderno? Para muchas personas, la teoría de la reencarnación, junto con la ley del karma, ofrece una explicación lógica para muchos problemas religiosos y filosóficos que el cristianismo nunca ha podido resolver. También hay evidencia para creer que, en un período u otro, estas ideas han florecido en casi todas partes del mundo. Tal universalidad parece indicar que la reencarnación es una de esas creencias espontáneas o instintivas, por medio de las que el hombre responde a los problemas más urgentes de su existencia.

II. MACHADO Y EL PENSAMIENTO ORIENTAL

*Hombre occidental,
tu miedo al Oriente, ¿es miedo
a dormir o a despertar? (p. 833).*

Un estudio completo de la relación entre la filosofía de Machado y el pensamiento oriental no puede caber en estas páginas, pero, para servir como base del estudio de la reencarnación, pueden señalarse rápidamente algunos puntos de contacto. Sin más investiga-

Julian Press, 1969, y «Reincarnation for the Christian, de Quincy Howe, Jr., Philadelphia, Westminster Press, 1974.

(5) Según el libro «Reincarnation in World Thought» ya citado, la lista de los que han expresado una creencia en alguna forma de reencarnación es muy extensa e incluye, entre muchos otros, los nombres siguientes: Pitágoras, Sócrates, Platón, Cicerón, Plotino, Orígenes, Giordano Bruno, Emanuel Swedenborg, Benjamín Franklin, Immanuel Kant, J. W. Von Goethe, G. W. F. Hegel, Friedrich Von Schlegel, Arthur Schopenhauer, Víctor Hugo, Ralph Waldo Emerson, Friedrich Nietzsche, Richard Wagner, Walt Whitman, Leon Tolstoi, Williams James, James Joyce, C. G. Jung, Salvador Dalí.

(6) Ian Stevenson: «Twenty Cases Suggestive of Reincarnation», New York, American Society for Psychical Research, 1966. Véanse también los libros sobre las teorías de Edgar Cayce (Cerninara, Bro, Robinson, etc.), los libros de Ruth Montgomery, y los llamados «Seth Books», de Jane Roberts: «The Seth Material», «Seth Speaks», y The Nature of Personal Reality.

ción, es imposible decir cuándo empezó o dónde se originó el interés de Machado en el Oriente, pero será evidente a través del estudio que sigue que este interés aparece en los primeros poemas y desde entonces continúa hasta su muerte.

En un ensayo sobre Saavedra Fajardo, Machado juega con las palabras, pero su significado es obvio: «El Occidente parece cada vez más desorientado... De buen y de mal grado, habrá que orientarse un poco» (p. 687). A veces Machado expresa una clara preferencia por el pensamiento oriental, como en estas palabras de Juan de Mairena (7): «Yo os enseño, o pretendo enseñaros, oh amigos queridos... el respeto a la sabiduría oriental, mucho más honda que la nuestra y de mucho más largo radio metafísico» (pp. 607-608). En otras ocasiones, es más ecléctico y combina la filosofía griega, el budismo y el cristianismo:

*Siembra la malva:
pero no la comas,
dijo Pitágoras.
Responde al hachazo
—ha dicho el Buda ¡y el Cristo!—
con tu aroma, como el sándalo.
Bueno es recordar
las palabras viejas
que han de volver a sonar (CLXI, lxxv, p. 282) (8).*

También es evidente que Machado no sólo tiene interés en el Oriente, sino que conoce bien muchas teorías específicas, como lo indica el siguiente análisis de la filosofía de Schopenhauer; habla de la teoría de Schopenhauer con respecto a la Voluntad, y viene a decir: «de ella ha brotado el mundo de la representación, el sueño búdico, la vana apariencia en que se ahoga la conciencia humana. Si de algún modo se nos revela —en nuestro yo, donde el velo de Maya alcanza alguna transparencia— es como dolor, ansia de no ser, apatencia de nirvana y de aniquilamiento de la personalidad» (p. 774). Emplea la palabra «karma» al hablar del destino del hombre moderno (p. 913), y en otras ocasiones vuelve a referirse al «velo de Maya», para expresar la idea de que el mundo sensible esconde la realidad absoluta (p. 573 y p. 800). Tal concepto es, sin duda, el origen del «doble espejismo» —el mundo de afuera y el mundo de adentro— al que Machado se refiere en el prólogo de *Campos de Castilla* (p. 51).

(7) Juan de Mairena también dice que su maestro Abel Martín estaba «más inclinado, acaso, hacia el nirvana búdico, que esperanzado en el paraíso de los justos» (p. 494).

(8) Juan de Mairena repite la misma combinación: «La humanidad produce muy de tarde en tarde hombres profundos... (Buda, Sócrates, Cristo)» (p. 640).

De ahí también la idea de que «la vida es sueño», que permea su propia obra y que no tiene su origen en la literatura española; Machado declara en una entrevista que «Calderón es el gran poeta barroco que da estructura dramática al viejo tema de la leyenda de Budha» (9).

Así, Machado tenía interés y tenía además cierto conocimiento de la sabiduría oriental. Queda determinar cuáles son los resultados de todo esto para su propio pensamiento filosófico. Antes de intentarlo, señalemos rápidamente algunas diferencias básicas entre el pensamiento de Occidente y el de Oriente.

Según el cristianismo ortodoxo, Dios crea el universo de la nada; lo saca de un vacío que está totalmente separado del ser divino. Tal creación significa, desde el principio, una fundamental separación entre Dios y sus criaturas. De ahí la necesidad de una redención que produzca la unión con Dios, al fin de la vida.

Gran parte de la filosofía oriental, por otra parte, se basa en una concepción panteísta, según la cual Dios y el universo son uno. Las almas son parte de Dios, son sus emanaciones, y no hay separación, porque todo lo que es es parte del Ser Supremo. Por eso toda criatura tiene dentro de sí, como su esencia básica, una pequeña chispa divina. La separación solamente ocurre cuando las almas toman forma material. Al encarnarse, olvidan su origen divino, pierden el contacto con el Absoluto, y tienen que vivir en el mundo relativo de las apariencias.

Así; aunque el alma nunca pierda su divinidad espiritual, en esta vida la separación es absoluta. Siempre tiene la posibilidad de volver a unirse con Dios en la otra vida, pero no es fácil, porque al bajarse al mundo de la materia, el alma se cubre de imperfecciones e impurezas. Y no basta una sola vida para limpiarse. El alma está condenada a seguir en la eterna rueda de las vidas sucesivas hasta que logre purificarse; solamente cuando esto ocurra se libra de la necesidad de renacer y puede volver a unirse con la divinidad. Con respecto a este momento de unión final, hay cierta diferencia de opinión. Algunos creen que el individuo no retiene su identidad, ni entre las sucesivas reencarnaciones, ni al unirse con Dios en el estado de nirvana. Otros más optimistas, creen que el alma siempre retiene su conciencia personal y que, cuando entra en el estado de nirvana, es para seguir evolucionándose eternamente en otros niveles de la múltiple realidad divina.

Otra consideración importante que no se ha mencionado todavía es la ley del karma. Según esta ley universal, lo que hacemos en

(9) Citado por Aurora de Albornoz en «Antonio Machado: Antología de su prosa», III (Madrid, Edicusa, 1970), p. 226.

esta vida determina en gran parte lo que seremos en las vidas futuras. Para los más pesimistas, esta ley representa un obstáculo casi insuperable a la purificación del alma, porque las imperfecciones seguirán perpetuándose vida tras vida. Para los que creen que el hombre es libre para escoger, sin embargo, la ley del karma no es un obstáculo insuperable y, aún más importante, explica la existencia del sufrimiento, algo que el cristianismo nunca ha podido hacer. El mal, propiamente tal, es solamente relativo, porque, visto desde la perspectiva absoluta de la voluntad divina, *todo* lo que ocurre tiene el propósito de enderezar al hombre en su camino hacia la perfección de su alma.

Volviendo a las ideas de Machado, vemos en seguida que nuestro poeta y filósofo rechaza el concepto cristiano de la creación *ex nihilo* (p. 573), porque para él, Dios no crea el mundo; Dios es el mundo: «Dios no es el creador del mundo, sino el ser absoluto, único y real, más allá del cual nada es. No hay problema genético de lo que es. El mundo es sólo un aspecto de la divinidad; de ningún modo una creación divina... Hablar de una creación del mundo equivaldría a suponer que Dios se creaba a sí mismo» (pp. 349-350). También es evidente que la metafísica de Machado, como la de muchos pensadores del Oriente, se basa en una «concepción panteísta». Así la define Juan de Mairena (p. 531) y luego, de acuerdo con esta concepción, describe la relación entre Dios y el alma: «Imaginemos una teología sin Aristóteles, que conciba a Dios como una gran conciencia de la cual fuera parte la nuestra» (p. 530). Esta gran conciencia panteísta también es equivalente a la mónada universal de Abel Martín: «*el gran ojo que todo lo ve al verse a sí mismo*» (p. 316); «El universo, pensado como substancia, fuerza activa consciente, supone una sola y única mónada, que sería como el alma universal de Giordano Bruno» (pp. 316-317). A esto se refiere Machado, sin duda, en el documento autobiográfico recobrado por Vega Díaz, cuando dice: «En el fondo soy un creyente en una realidad espiritual opuesta al mundo sensible» (10). Y si todos pertenecemos a la conciencia divina, consta también que Machado cree en la divinidad del alma, tal como lo expresa en otra entrevista al declarar: «Todos llevamos un poco de Dios en el corazón» (11). Juan de Mairena expresa idéntica idea, cuando define a Dios como «el padre de todos, cuya impronta más o menos borrosa, llevamos todos en el alma» (p. 435).

(10) Francisco Vega Díaz: «A propósito de unos documentos autobiográficos inéditos de Antonio Machado», «Papeles de Son Armadáns», LIV (1969), p. 70.

(11) Véase P. Pla y Beltrán: «Mi entrevista con Antonio Machado», «Cuadernos americanos», LXXIII, 1 (1954), p. 237.

Todo esto es necesario para entender el concepto que Machado tiene del amor: «Porque es allí, en el corazón del hombre, donde se toca y se padece otra otredad divina, donde Dios se revela al descubrirse, simplemente al mirarnos, como un *tú de todos*, objeto de comunión amorosa» (p. 503). De acuerdo con la doctrina panteísta que acabamos de examinar, el «objeto amoroso» que todos buscamos y nunca podemos encontrar en este mundo, es Dios, del cual nos hemos separado y al cual anhelamos volver. Por eso Abel Martín declara que la amada «es, en cierto modo, una con el amante, no al término como en los místicos, sino en su principio» (p. 320). Por eso también, cada encuentro amoroso trae consigo una sensación de «pérdida de una compañía» (p. 322).

Es aquí, precisamente, donde muchos críticos entienden mal el pensamiento de Machado, cuando afirman que la separación entre Dios y el alma significa que Machado no cree en una divinidad. «Una fe negativa —Machado ha escrito en una carta a Unamuno— es también absurda» (p. 1.016). Dios sí existe para Machado; lo que no existe es la capacidad de pensarlo lógicamente: «Quien piensa el ser puro... piensa, en efecto, la pura nada... El pensamiento lógico sólo se da, en efecto, en el vacío sensible» (p. 333). Dios no es la nada, como algunos han sostenido; Dios *crea* la nada —«*Fiat umbra!* Brotó el pensar humano»— al darle al hombre la capacidad de pensar lógicamente. El ser divino no puede ser conceptualizado, pero Dios quiso que el hombre tuviera por lo menos una *idea* de su naturaleza verdadera. Muchas personas no reconocen el valor del don divino; piensan que la lógica es lo único que importa, y su lógica les dice que Dios no existe, que el mundo no es real. Machado les responde: «¡Y qué cosa tan absurda... es la lógica!» (p. 537), y en el siguiente poema declara irónicamente:

*El hombre es por natura la bestia paradójica,
un animal absurdo que necesita lógica.
Creó de nada un mundo y, su obra terminada,
«Ya estoy en el secreto —se dijo—, todo es nada» (p. 215).*

Pero Dios es; queda siempre detrás del velo de Maya de nuestros conceptos lógicos y el hombre tiene, a pesar de lo dicho anteriormente, dos posibilidades de una vuelta. El hombre de Oriente a veces logra entrar en un estado de unión con el Absoluto, cuando se aísla del mundo sensible durante los períodos de meditación. Para Machado, el equivalente a la meditación oriental es el «pensar poético», el que funciona «de sentido inverso al del pensamiento lógico» y por eso «se da entre realidades, no entre sombras» (p. 334). Es a través de

la poesía —que Machado define como «aspiración a conciencia integral»— que el hombre de occidente puede, aun en esta vida, volver a sentirse parte del Ser que es Dios: «Borra las formas del cero, / torna a ver, / brotando de su venero, / las vivas aguas del ser» (p. 337). No obstante, esta manera de volver a Dios, como toda actividad intuitiva, no es permanente. La otra posibilidad de volver, la vuelta definitiva, tiene que ser en la otra vida, en la vida de una «realidad espiritual» más alta a la que el alma llega, al término del largo ciclo de vidas purificadoras.

Pero antes de llegar a este punto final, hay varias cosas que será necesario considerar. Porque si Machado cree en la divinidad del alma, creará también en su inmortalidad. Y si el alma es inmortal, habrá existido antes de nacer en esta vida. Así, en la siguiente sección de este estudio examinaré las ideas de Machado con respecto al alma y su origen divino.

III. LA PRE-EXISTENCIA DEL ALMA

La vida baja como un ancho río...

.....
*Pero aunque fluya hacia la mar ignota,
es la vida también agua de fuente
que de claro venero, gota a gota,
o ruidoso penacho de torrente
bajo el azul, sobre la piedra brota* (p. 309)..

Pérez Ferrero afirma que el incidente de los delfines descrito por Juan de Mairena es un suceso real que ocurrió antes del nacimiento de Machado (12). Cuando termina la descripción de este incidente, Mairena comenta: «Fue una tarde de sol, que yo he creído o he soñado recordar alguna vez» (p. 559), y al comentar sobre el pasaje citado, Gabriel Pradal-Rodríguez habla de un «Antonio Machado, soñador y atávico, para quien la propia vida comienza desde antes de nacer» (13). ¿Es cierto que Machado «recordó» este episodio de antes de su propio nacimiento? En muchas poesías el poeta da gran importancia a la idea de los sueños que le ayudan a recordar el pasado:

*Y podrás conocerte, recordando
del pasado soñar los turbios lienzos,*

(12) Miguel Pérez Ferrero: «Vida de Antonio Machado y Manuel», Buenos Aires, Austral, 1953, pp. 19-20.

(13) Gabriel Pradal-Rodríguez: «Antonio Machado: vida y obra», New York, Hispanic Institute, 1951, p. 19.